

Para que llegas a un punto
Que no basta el tiempo
Y tras del cual forma un lago
Por lo extenso, horizonte

La ciudad surge sin ruido
La multitud enestrada
En el estuario empinado
Bardolando a la vuelta

Si en sus brazos no se abraza
Nóchil impide el calor
En boca del mal herido
Trepando al monte

El de horror el espacio
Fonográfico para el pelo
Folida un gemido solo
Desde la choza al palacio

LA DANZA DE LOS INDIOS.



LA DANZA DE LOS INDIOS.

La Iglesia ya se apresta
Con piadosa alegría
A celebrar la fiesta
De la sin par MARÍA,
Que apareció en las áridas
Rocas del Tepeyac;
Esperanza y consuelo
De la región indiana,
Bella como en el cielo
La luz de la mañana;
De amor divino símbolo,
Prenda cierta de paz.

Y acuden a su templo
Los pueblos comarcanos,
Y en el atrio contemplo
A los niños y ancianos

De la familia indígena,
 Objeto de su amor,
 Grupos formando en torno
 De sus hijas y hermanas,
 Que con sencillo adorno,
 Tristes en vez de ufanas,
 Tejen danza monótona
 De un triste canto al son.

No asoma a sus facciones
 La animación, la vida.
 ¿Los generosos dones
 De que en la edad florida
 El cielo colma pródigo
 A ellas tal vez negó?

Oscuro es su semblante,
 Sus manos y su cuello;
 Ingrato su talante,
 Lacio y tosco el cabello;
 Nunca en sus labios cárdenos
 La risa se mostró.

Ni el músico se anima
 Ni el padre se entenece;
 Por más que el arco esgrima
 Aquél, su son fenece
 No bien lo ha dado al céfiro
 El gemidor violín;

Y en el rostro villano,
 De la danza en presencia,

Sólo muestra el anciano
 Helada indiferencia;
 Pone sus ojos tétricos
 Del cielo en el confín.

Vestigios de otra gente
 Guerrera y poderosa,
 Resto sólo al presente
 De una tribu gloriosa,
 Que a guisa de relámpago
 Brillaba y se extinguió;
 Festejan hoy con flores
 Y cánticos y danza
 A AQUELLA que dolores
 Convierte en esperanza,
 Y amparo de los míseros
 Y Madre se llamó.

¿Quién reconoce en ellas
 La gracia peregrina
 De las facciones bellas
 Con que inflamó Marina
 El noble pecho indómito
 Del gran conquistador?

Ni guarda el polvo austero
 Regia ni humilde tumba
 De los que al hierro ibero
 Dan la vida en Otumba,
 Y dejan a sus pósteros
 Ejemplo de valor.

No en la lengua natía
 Resuenan los cantares
 Con que expresaba un día
 O dichas o pesares
 La dulce lira homérica
 De Nezahualcoyótl.

En extranjero idioma
 Uno y otro hemisferio
 Hablan de Moctezuma,
 Monarca del imperio
 De Xicoténcal ínclito,
 Del bravo Guatimoc.

Pacen ya los ganados
 Entre las pardas ruinas
 De los templos alzados
 En las selvas vecinas
 Por el fervor idólatra,
 Que sangre vierte allí.

Sólo de aquellas éras
 Testigos los volcanes,
 Magníficas neveras,
 Con formas de titanes,
 Su grande historia trágica
 Dirán al porvenir.

Aislóse en sus aduares
 La raza conquistada:
 Sus vidas y sus lares
 Del fuego de la espada

Entre los montes ásperos
 Indómita salvó.

Y tras los sanguinosos
 Implacables guerreros,
 Vinieron los piadosos
 Humildes misioneros,
 Y ante su aspecto y pláticas
 Al cabo se rindió.

Y aunque vivió apartada
 Del castellano altivo,
 Rústica y consagrada
 Sólo al recuerdo vivo
 De su grandeza ingénita
 Que ya perdida ve,

Sus ojos abrió el cielo
 A la verdad divina,
 Y en busca de consuelo
 Al templo se avvicina,
 Y allí al ibero el vínculo
 La unió de nuestra fe.

Puso cariño tierno,
 Puso esperanza pía
 En quien venció al averno,
 En la Virgen María;
 Madre suya aclamándola,
 En ella confió.

Y ella, de su dolencia
 Y su humildad movida,

Quiso con su presencia
 Dulcificar su vida,
 Y en un ayate rústico
 Su imagen la dejó.

Y acuden a su templo
 Los pueblos comarcanos,
 Y en el atrio contemplo
 A los niños y ancianos
 De la familia indígena,
 Objeto de su amor,
 Grupos formando en torno
 De sus hijas y hermanas
 Que con sencillo adorno,
 Tristes en vez de ufanas,
 Tejen danza monótona
 De un triste canto al son.

Tal vez el ciego y vano
 Filósofo se ría
 Oyendo el canto indiano
 Y viendo que a porfía
 Danzan las tiernas jóvenes
 Para expresar su fe;
 Mas es error su ciencia
 Y su soberbia es viento:
 De Dios a la presencia
 Llega este humilde acento;
 Lo acogerá solícito
 Porque en las almas lee.

¿Será que acaso un día
 Nosotros, descendientes
 Del pueblo que vencía
 A las indianas gentes
 Y fe, costumbres y hábitos
 E idioma aquí dejó;
 Esclavos de una raza
 De la nuestra enemiga,
 Que su conquista traza
 Dándose por amiga,
 Ante este altar lleguémonos
 A impulsos del dolor?

Triste será el semblante
 Y débil el acento,
 Y el opresor delante
 Dirá sin sentimiento
 Y en lengua extraña y áspera
 Como su propio sér:
 «De aqueste pueblo ¿dónde
 Está el valor natío?
 ¿Dó su virtud esconde?
 ¿Dó el castellano brío?
 No el hierro, mas el látigo
 Le tiene a nuestros pies.»

No: si tan dura suerte
 El cielo en sus enojos
 Me reservó, la muerte
 Cierre más bien mis ojos,

¡Oh Virgen clementísima,
Amparo del mortal!

Pues que tu imagen santa
Nos diste por consuelo,
Haz que enemiga planta
No huelle nuestro suelo
Mientras en él subsistan
Tu imagen y tu altar!

1857.

EL CANTO DEL AVE DEL PARAÍSO